

DIONISO/BACO

<https://mitologia.fandom.com/es/wiki/Dioniso>

FUNCIÓN

Dios del vino, la posesión mística, el éxtasis y el teatro

FAMILIA

Hijo de Zeus y Sêmele. Nacido dos veces: del vientre de su madre y el muslo de su padre

ATRIBUTOS

Corona de hojas de yedra o de vid, racimos de uvas, piel de leopardo, tirso. A veces aparece subido en un carro tirado por panteras, y se le adoraba bajo la forma de toro, león o cabra.

HECHOS

- ✓ Aventura con los piratas
- ✓ Historia de Midas
- ✓ Castigo a Licurgo
- ✓ Castigo a las hijas de Minias
- ✓ Muerte de Penteo
- ✓ Vinculación de Dioniso con el teatro
- ✓ Fiestas de Dioniso: las Bacanales. Rituales de éxtasis, descuartizamiento y comunión cruenta

AMORES E HIJOS

- Afrodita.....Príapo
- Ariadna (esposa).....Enopión

1. DIONISO. — Me presento como hijo de Zeus en este país de los tebanos, yo, Dioniso. Aquí me dio a luz un día la hija de Cadmo, Sémele, en un parto provocado por la llama del relámpago. He cambiado la figura de dios por la humana, y aquí estoy. Contemplo el túmulo de mi madre, fulminada por el rayo, éste de ahí, junto al palacio, y las ruinas de su morada, que aún humean de la llama viva del fuego de Zeus, por la desmesurada crueldad de Hera contra mi madre.

2. CORO.-

¿Quién en la calle? ¿Quién en la calle?

¿Quién?

Que se retire a su casa, y su boca
un reverente silencio guarde;
que yo los himnos rituales
cantaré siempre a Dioniso.

A quien, antaño, su madre,
que aún lo llevaba en sus entrañas,
entre los violentos dolores de parto
anticipados por el trueno de Zeus
liberó de su vientre y le daba la vida
mientras sucumbía por la herida del rayo.
Al instante lo acogió,
para otro parto, Zeus el Cronida
y lo albergó en su muslo
que sujetó con broches de oro
ocultándolo así a su esposa Hera.
Lo parió, cuando las Moiras quisieron,
al dios de cuernos de toro
y su frente adornó
con coronas de serpientes.

3. CORO. _ ¡Al monte! ¡Al monte!

Allí espera la turba de mujeres,
libre de telares y lanzaderas,
como un tábano las agujonea Dioniso.

4. CORO_ El que inicia el canto es Bromio.

¡Evohé! ¡Evohé!

Mana de la tierra leche, mana vino,
mana de las abejas el néctar.
Se respira un aroma
como de incienso de Siria,
cuando Baco levanta en alto
la llama roja de la tea del pino,

a la carrera con su antorcha,
dejando al aire sus delicados rizos,
con danzas y alaridos
agita a las delirantes mujeres,
bramando con cantos de evohé:
¡Id, bacantes! ¡Id, bacantes!

5. CORO.- Breve es la vida, y en ella
el que busca lo más lejano
acaso ni lo cercano alcanza

6. MENSAJERO. _Él el gorro de su cabellera arrancó para que le conociese y no le matase, al infeliz, Agave, y dice tocándole la mejilla: —Yo, madre mía, soy tu hijo Penteo, el que pariste en la casa de Equión; compadéceme, madre, y por mis faltas no mates a tu hijo. Ella, echando espuma y girando estrábicas sus pupilas, sin cuidar lo que debía cuidar, dominada por su Baco, no le hizo caso. Agarró con sus brazos la mano izquierda, y poniendo el pie en el costado del infeliz, le arrancó el hombro, no por su fuerza, sino por facultad que el dios concedió a sus manos.

Ino por otra parte consiguió desgarrar sus carnes, y Autónoe y toda la turba de las bacantes se echó encima, y todo con griterío, él gimiendo mientras pudo tener aliento, ellas gritando victoria. Y una se llevaba un brazo, otra un pie con la misma bota, y fueron desnudados sus costados a tirones, y todas tenían ensangrentadas las manos, y jugaban a la pelota con la carne de Penteo. El cuerpo yace esparcido, parte al pie de las ásperas rocas, parte entre el follaje leñoso de la selva, no es fácil de buscar. Y la infeliz cabeza precisamente su madre en las manos, clavada en el extremo del tirso, como de un león montañés, la lleva a través del Citerón.

7. (Entra Cadmo, acompañado de los servidores que, sobre una litera, cubiertos con un paño, traen los restos del descuartizado Penteo).

CADMO. — Seguidme trayendo la triste carga de Penteo, seguidme, servidores, hasta el palacio. Su cuerpo, por el que me he fatigado en incontable búsqueda, lo traigo aquí, después de encontrarlo en los repliegues del Citerón descuartizado, sin hallar dos trozos en un mismo sitio, sino diseminado por el bosque, difícil de rastrear.

AGAVE. — ¡Padre, bien puedes ufanarte al máximo de que engendraste unas hijas superiores en mucho a todos los humanos! A todas he aludido, pero en especial a mí, que tras abandonar en el telar mi rueca he llegado a más noble empeño: cazar fieras con mis manos; y traigo en mis brazos, como ves, estos trofeos de mi captura, para que en tu palacio se expongan colgados. Tú, padre, acéptalos en tus manos. Orgulloso por las presas de mi cacería invita a los amigos a una fiesta. ¡Pues eres dichoso, dichoso, por lo que nosotras hemos realizado!

CADMO. — ¡Pena desmedida, e irresistible espectáculo, el crimen que con vuestras desgraciadas manos habéis realizado! ¡Hermosa víctima de sacrificio has ofrecido a los dioses para invitamos al festejo a esta ciudad de Tebas y a mí!

AGAVE. — ¡Qué mal genio produce en los hombres la vejez y qué oscuridad de la vista! Ojalá mi hijo fuera un excelente cazador, parecido a su madre en tales acciones, cuando en

compañía de los jóvenes tebanos persiga las bestias salvajes ¿Quién puede llamarle aquí ante mi presencia, para que me vea tan feliz?

CADMO. — ¡Ay! ¡Ay! ¡Cuando comprendáis lo que habéis hecho, sufriréis un tremendo dolor!

AGAVE. — ¿Qué no hay bueno en esto, o qué hay de lamentable?

CADMO. — Empieza por fijar tu mirada en el cielo

ÁGA VE. — ¡Ya! ¿Por qué me has ordenado mirarlo?

CADMO. — ¿Aún te parece el mismo, o que tiene variaciones?

ÁGAVE. — ¡Más claro que antes y más límpido!

CADMO. — ¿Ese frenesí de ahora aún está en tu alma?

ÁGA VE. — No entiendo esa frase. Pero me sucede como si volviera en mí, alterando mi anterior modo de pensar.

CADMO. — ¿Puedes entonces oírme y responderme con claridad? ¿En qué mansión entraste al son de los cantos de boda?

ÁGAVE. — Me entregaste en matrimonio a Equión.

CADMO. — ¿Luego qué hijo, en su palacio, nació de tu esposo?

AGAVE. — Penteo, fruto de la unión de su padre conmigo.

CADMO. — ¿De quién es ahora el rostro que tienes en tus manos?

AGAVE. — De un león según decían sus cazadoras.

CADMO. — Obsérvalo bien. ¡Breve esfuerzo es mirarlo!

AGAVE. — ¡Ah, qué veo! ¿Qué es lo que llevo en mis manos?

CADMO. — Examínalo y entérate con toda claridad.

AGAVE. — Veo un grandísimo dolor ¡infeliz de mí!

CADMO. — ¿Todavía crees que se asemeja a un león?

AGAVE. — No; sino que, ¡desgraciada de mi, llevo la cabeza de Penteo!

CADMO. — Por la que yo lloraba, antes de que tu la reconocieras.

AGAVE. — ¿Quién le mató? ¿Cómo llegó a mis manos?

CADMO. — Tú le has matado, y tus hermanas contigo.

AGAVE. — ¿Por qué acudió al Citerón este infeliz?

CADMO. — Para burlarse del dios iba a tus bacanales.

AGAVE. — Y, nosotras, ¿de qué modo fuimos a parar allí?

CADMO. — Estabais en delirio y toda la ciudad estaba poseída por Baco.

AGAVE. — Dioniso nos destruyó. Ahora lo comprendo. ¿Y el queridísimo cuerpo de mi hijo, dónde está, padre?

CADMO. — Yo lo he rastreado a duras penas y lo traigo aquí.

Eurípides, *Las Bacantes*